



¡COMPONGO! (J'ADOUBE)

José Biedma López

Resumen

Este artículo es recensión y glosa, comentario histórico y crítico, de la novela de Fernando Arrabal *La torre herida por el rayo*, cuyo hilo conductor es una partida de ajedrez entre dos imaginarios aspirantes al campeonato del mundo, celebrado en París. Apura contenidos que nos llaman la atención y nos resultan ejemplares.

Palabras claves: Ajedrez, Althusser, Arrabal, concentración, izquierdismo, maoísmo, marxismo, orfandad, tarot, terrorismo.

Abstract

This article is a review and gloss, historical and critical commentary, of Fernando Arrabal's novel *The Tower Wounded by Lightning*, whose common thread is a chess game between two imaginary contenders for the world championship held in Paris. It focuses on content that catches our attention and is still exemplary.

Keywords: Arrabal, chess, concentration, leftism, maoism, marxism, orphanhood, tarot, terrorism.

Fernando Arrabal es un extraordinario dramaturgo cosmopolita al que se atribuye estilo vanguardista propio: el *teatro pánico*¹. Sus piezas dieron la vuelta al mundo incluso en la escena *No japonesa*. Autorizado «sátrapa patafísico», fue también prolífico y reconocido

¹En el curso 1987-1988 monté con compañía de alumnos y alumnas del Instituto Andrés Segovia de Villacarrillo *El Triciclo* de Arrabal, que estrenamos también en la plaza de Iznatoraf (Torafe, Jaén). Fue una experiencia intensa e inolvidable de teatralidad pura.



novelista perfectamente desconocido en España. Señalaré como excepción la aguda carta que el enorme poeta Vicente Aleixandre le destina ya en 1963 y en la que le llama «escritor en lengua francesa»².

Con *La torre herida por el rayo* Arrabal ganó el premio Nadal en 1982. Se trata de una novela tan compleja como la partida de ajedrez que le sirve de hilo conductor. El ajedrez es pasión del autor nacido en Melilla en 1932 y residente en el corazón de las vanguardias parisinas desde 1955. A principios de los sesenta escribe en *La Brèche*, revista de acción surrealista dirigida por André Breton. Arrabal explota la fuerza dramática del Juego de los Reyes como ceremonia, cual suerte de matar, o de «comer» piezas del otro en su interpretación caníbal. Realza su aspecto sagrado o mágico como ritual del mito. Piensa que el tiempo del ajedrecista es el de la *creación*, no el de la repetición, por eso recuerda que el número de combinaciones posibles durante las diez primeras jugadas es 169.518.829.100.544.326.897.235.000.000.

²«Usted, amigo mío, mira hacia el hombre temporal y desde unas raíces a reconocer, aquí justamente reconocibles». Añade Aleixandre a esto que Fernando Arrabal Terán, nacido en Melilla y que vivió su niñez y adolescencia en Ciudad Rodrigo y Madrid, tiene la convicción de que todos los humanos son sus «conterráneos» y desde esa convicción está levantando su palabra con poco más de treinta años. Aleixandre llama al teatro de Arrabal «certestamente invasor del hombre profundo». Rehúsa llamarle «teatro de vanguardia», prefiere considerarlo «original» y, sobre todo, «ejemplar» en el sentido gnómico de la expresión «enxienplos», pues hace cómico lo trágico mismo, y viceversa, y apela desde el muestrario irrisorio de los valores establecidos al problema de la responsabilidad humana. «Piezas ejemplares» hay que llamar a sus obras (Vicente Aleixandre. *Obras completas II*, Aguilar 1978: 633s.).



En la novela se enfrentan dos huérfanos superdotados, marginados, solitarios, maltratados por la vida, por el abandono. Elías Tarsis piensa que su oponente en el campeonato del mundo de ajedrez, el físico Marc Amary, es un robot o un intelectual asesino y frío con instintos de tiburón. Da por seguro que es él, Tarsis, quien conoce de verdad la esencia del juego, más que analítica intuitivamente: en el ajedrez existe una *estructura invariante*, ley, trama, norma, y una *estructura variante* que resulta de la ardua y enredada combinatoria de los trebejos, de su relativa situación y virtuales poderes respecto a los 64 *escaques* disponibles³ y al resto de las piezas. Es Elías quien comprende que se llega a la perfección a través de la serenidad en el desorden, la serenidad exigida por la *concentración de la atención*, pues toda distracción se paga cara en ajedrez (y más aún en el tablero de los controladores aéreos)⁴. Tarsis se tiene por maestro de

³El verbo «escaquearse» procede de la jerga militar. Se *escaquea* quien deserta de una tarea obligatoria, quien se sale del tablero bélico, por analogía el de los escaques ajedrecísticos, donde uno se juega la vida y el honor. Como ejemplo histórico recordaremos el caso de Álvaro Fáñez escaqueado del combate por razones de gustosos amores en la campaña fernandina de conquista de Úbeda, allá por el 1234. «Perderse por los Cerros de Úbeda» (expresión que también usa Arrabal) es así escaquearse.

⁴La *concentración de la atención* puede seguirse de un acto de voluntad automotivado, lo cual requiere un extraordinario gasto de energía. Atención es *el cuidado que le prestamos a la existencia de otro ser*, persona o cosa. La dispersión de la atención, causada en gran medida por la proliferación y perfección de estímulos, de monitores y *Mass Media*, de publicidad comercial y propaganda política, causa uno de los más graves problemas en la educación actual bajo la discutida rúbrica de «trastorno de hiperactividad y déficit de atención» (TDAH), atribuida al alumno incapaz de concentrar su atención más allá de algunos minutos y de acuerdo al principio, tan extendido, de que su gusto es el único criterio de lo justo. La práctica del ajedrez, como el de otros juegos de mesa, es útil para el cultivo de la capacidad de concentración.



las variantes y huye del caos que desorienta. Sigue en esto el ejemplo de Petrosian y de Karpov. Intenta apartar de sí «el pájaro tuerto de la congoja» que le atormenta desde la pérdida de su amante catalana y de su amiga, la rústica y sensata Soledad..

Este campeonato del mundo opone el rigor inteligente a la gracia talentosa, la razón fría del científico al misterio y al misticismo de Tarsis. Los disputantes, Amary, científico y líder de una organización terrorista marxista-leninista, suizo o «francés», y el español Elías están empatados tras 13 tablas y 5 victorias de cada uno. Elías Tarsis, fiel tal vez en esto a sus orígenes hispanos, es un tipo vehemente, apasionado, celoso, extremista también en sus impulsos, que salta desde el libertinaje al ascetismo más bronco, aunque no soporta el dolor. Nació en Andorra la Vella «por casualidad» y huérfano prematuro se fugó de la tutoría de su tía Paloma en Madrid para hacerse aprendiz de orfebre y proxeneta en Barcelona. Es un tipo exaltado, pero comprende que debe conducir la inteligencia por los meandros de la acción sin que la sed venganza le desoriente, si quiere vencer. Tarsis tiene temperamento de artista, aunque, confrontado a problemas tácticos, recurre como su oponente a la técnica. Marc Amary es un científico que se fía de las estadísticas, pero que en situaciones cruciales recurre a hipótesis, con lo que el devoto de la lógica se ve obligado a proceder de forma irracional, o al menos, imaginativa.

La prensa sensacionalista, que alimenta y es alimentada por el escándalo, insinúa que Tarsis ejerció de alcahuete en la Ciudad Condal y Amary como matricida en Suiza. Lo mismo, aciertan. Sin duda, ambos jugadores son raros, heteróclitos como el mundo de Juan de Mairena y heterogéneos respecto a sí mismos. Amary, esquizoide, es atormentado por distintas personalidades en



discusión incesante y nocturna. Ambos ajedrecistas fueron niños prodigio y solitarios. Lucen el enigma del genio, meticuloso y limpio (Amary), o descuidado y sucio, añorantes del padre exiliado (Tarsis) o escaqueado (Amary). Ambos tienen mucho del complejo carácter de Arrabal, como si este se desplegara imaginativamente en la novela, en dualidad dialéctica e irreconciliable, una dualidad que se multiplica en máscaras monstruosas o payasescas, como si ambos ajedrecistas fuesen sus *alter ego* en pugna. De hecho, el padre de Arrabal fue militar y se opuso heroicamente al Levantamiento. Fue condenado a muerte y luego a prisión. Se escapó en pijama de la enfermería de la cárcel de Burgos tras una gran nevada, y ya nunca se supo de él. Por su parte y en 1944, Fernando Arrabal ganó un concurso de "niños superdotados".

Inicia el juego Amary con el avance del peón de alfil de Dama: 1. c2-c4, en lugar de la impetuosa salida española con el peón de Rey⁵, mientras el Comité Comunista Internacional rapta y tortura en París a Isvoschikov, el miembro más joven del Politburó soviético icon 72 años! Arrabal se consiente una irónica sátira de los regímenes totalitarios comunistas y alude sarcásticamente a los interminables y bizantinos debates marxianos, supuestamente revolucionarios, de la izquierda pija francesa.

En su infalible sabiduría la dialéctica de la historia crea así en Corea del Norte [y tal vez la esté preparando en Venezuela hoy] la figura original y renovadora del monarca comunista, que alía el pasado al porvenir más radiante.

⁵Arrabal recuerda que fue Ruy López de Segura en el siglo XVI el inventor de la partida española, «el ataque más audaz y temerario».



Los miembros del grupo Dimitrov, por caso, se disfrazan de obreros orientales, comen arroz blanco, calzan albarcas y reniegan lo mismo del capitalismo asesino que del revisionismo marxista de Nikita Kruschev. Su líder, un tal Corneille, adora a Stalin y al autócrata albanés Enver Hoxha, para acabar abrazando el budismo con el mismo fervor religioso con que adoró al genocida «Padrecito de los pueblos» que ordenó el asesinato de Trotsky a Ramón Mercader. Corneille pasa de luchar por la mejora de las condiciones de vida de una limpiadora, a la que considera «víbora infecta al servicio del capitalismo asesino» por reivindicar mejoras salariales. Corneille sólo aspira a destruir directamente el imperialismo yanqui y a sus tigres de papel de las multinacionales, y como eso es poco, también pretende aniquilar a los socio-fascistas de Moscú y sus mercenarios cubanos y vietnamitas en su interpretación rojipardista del comunismo⁶.

El grupo terrorista que ha raptado al ministro ruso exige que la URSS bombardee los pozos de petróleo de Arabia Saudita para acabar con el capitalismo minando su fuente principal de energía. Arrabal recuerda el famoso diálogo entre Kruschev y Mao. El soviético describe al chino el apocalipsis bélico de un cataclismo atómico provocado por una guerra caliente entre los dos mundos, el comunista y el capitalista, tras el cual: «Los vivos envidiarán a los muertos», a lo que Mao responde volviéndose hacia sus ministros: «Estos rusos, ¡qué gallinas son!». Como vio Vicente Aleixandre en su carta de 1963, Arrabal tiene la facultad de convertir en cómico lo

⁶La expresión «socio-fascismo» o «fascismo rojo» o «rojipardismo» no debería sorprender a quienes tomaron nota del pacto Molotov-Ribbentrop de 1939, por el que los nazis alemanes y los comunistas soviéticos acordaron invadir y distribuirse Europa, declarando: «hitlerismo es comunismo color café, estalinismo es fascismo rojo».



más trágico y viceversa.

El izquierdismo occidental verborreico y filomaoísta del que se burla nuestro autor recuerda el humor del grupo antirromano de *La vida de Brian*. Curiosamente, en la feria de siglas de las organizaciones de la superdividida y cainita *gauche divine* del momento parisino, y en dichas organizaciones o sectas revolucionarias, hay pocos obreros y muchos señoritos y hasta aristócratas ociosos, intelectuales con ambiciones caciquiles y a favor de la dictadura del proletariado –ila suya!– peleando entre sí para hacer brillar y triunfar su «praxis teórica» y liderazgo caudillista, tiránico y totalitario. Tales jeroglíficos y jerigonzas poco pueden interesar a quienes deben doblar el espinazo para echar el jornal por el pan y el vino *chaque jour*. Cuando uno trabaja duro ocho horas al día, se tiene por sobrante y lujoso el juntar razones, por buenas que estas sean. La pasión por el magisterio de Louis Althusser de algunas de estas sectas fanáticas de luengos discursos y cortas acciones la explica Arrabal citando la épica o existencialista frase del uxoricida filósofo comunista: «Las banderas de la revolución se despliegan y revolotean en el vacío», que el autor comenta:

Por lo general el bajo pueblo no consigue esta hazaña en el vacío [cursiva nuestra] (...) Desde los comuneros hasta el Comandante Cero, todos los insurgentes pertenecieron siempre a las clases acomodadas que sólo ven las injusticias desde la barrera. Más mérito aún.

Lo de «más mérito aún» muestra la dimensión paradójica y antitética de la literatura de Arrabal. «Sí, soy marxista, tendencia Groucho y leninista de tendencia Lennon», confiesa «el Niño», una de las personalidades múltiples y esquizoides de la psicopatía de Amary, responsable del asesinato por tétanos de Cécile, la madre de Amary.



Sin embargo, el personaje público y principal de Amary estudia con ahínco y exhaustividad obsesiva el comunismo, hasta sus platónicas raíces, toda la literatura marxista-leninista hasta Gramsci, diciéndose que no se podía tomar en serio a quien no se situara con relación a la misma. Lo paradójico es que se había hecho materialista por puro idealismo, el de estar con los pobres⁷, y le seducía morbosamente el aparato de Partido Único, con sus purgas y campos de concentración que parecen contentar la oscura compulsión masoquista de «el Francés», al que Elías esclavizó en un retrete del colegio Madrileño de las Escuelas Pías.

Entre jugada y jugada de un Gambito de dama rechazado (variante Tartakower)⁸, Arrabal nos pasea por los talleres de orfebrería y por los lupanares de la Barcelona de la posguerra, por los cines donde habilidosas pajilleras consuelan al personal masculino por unas pesetas mientras en la pantalla sirenea Esther Williams; narra los celosos y violentos amores de Elías por Nuria Roig, una catalana que ha robado a su padre, obsesionada con la novela *La guerra con las salamandras* del checo Karel Capek, Nuria acaba enloqueciendo en un «misticismo insectil», lamento caparazones de cucarachas, y después reventada por un atentado terrorista dirigido por Amary; y cuenta la solitaria infancia y compleja relación de este con su padre huido y con su madre orate.

Hay incluso espacio para referir a los *Iluminados* del Siglo de Oro español y a «la sublime María Cazalla», alumbrada, cristiana

⁷Cree el izquierdismo infantil y cándido que el pobre es sabio y bueno por ser pobre y que las necesidades son automáticamente derechos.

⁸Arrabal reconstruye la partida (Londres 1922) entre Capablanca y Tartakower (vid. el artículo de Francisco J. Fernández en *El Búho* n°. 24 sobre un libro de Ernesto Castro, *El gran Pan ha muerto*).



heterodoxa convencida, según Arrabal, de que hay que ofender a Dios de la manera más bestial para que el sacrificio redentor de su Hijo cobre todo su sentido⁹. También Marc Amary, a pesar de su metódica racionalidad científica (que busca la teoría unificada de las energías y luego explora la doble escalera del ADN), hubiese preferido la religiosidad mística a la rigurosa lógica escolástica; por eso despreció la inútil violencia del *Manifiesto comunista*, pero se dejó fascinar por *El Capital*, la obra de Marx que tantos citan sin haberla leído, y ni mucho menos comprendido.

El autor no desdeña la discusión teológica ni referencias a la feliz poligamia de los mormones. Elías pregunta a Gregorio, el cura escolapio que le protegió en el colegio madrileño, por qué la tercera persona de la Santísima Trinidad, o sea el Espíritu Santo, que es Amor recíproco del Padre y el Hijo, no tiene como el Hijo doble naturaleza: humana y divina. De la teología cristiana al esoterismo mántico: La «torre herida por el rayo» que sirve de preámbulo icónico a esta novela, es naípe del tarot, arcano mayor XVI, símbolo de megalomanía, de persecución de quimeras y de estrecho dogmatismo –según Arrabal. Una explosión del cielo destruye una Torre que parecía invencible, su imponente cúpula de corona se derrumba en el suelo. El arcano XVI simboliza también cambios repentinos, transformaciones, el despertar de la destrucción que precede a toda creación.

⁹Lo que podemos decir de María Cazalla, descendiente de conversos, es que valoraba la oración mental, no le satisfacían sacramentos como la confesión ni la comunión y criticaba los costosos ornamentos del culto. Se burlaba de las devociones habituales y de las mujeres que las seguían (las llamaba «miseras» y «papamisas»), considerando que «mejor estaban hilando en su casa».



Tras sus experiencias de macarra en Barcelona y de fresador en Valencia, Tarsis quiere redimirse y se hace «agapito», aspirante a



jesuita. Practica la renuncia al mundo y la *restricción mental*, arma política de San Ignacio¹⁰. Disfruta de la aparición muda de la Virgen, en forma de Purísima Concepción de Murillo, el mismo día que acaba padeciendo inundación la capital del Turia. Arrabal describe con todo detalle y emoción el éxtasis que experimenta Elías ante la contemplación de la Inmaculada Madre de Dios concebida sin pecado como luz de la creación, halo del paraíso y fulgor de ángeles. Tarsis acaba comprendiendo que...

...en la historia se dan cita los desenlaces más decisivos tras planteamientos fútiles, las más altas empresas fraguadas por casualidad y hasta las causas más mediocres provocadoras de efectos fabulosos.

Arrabal alude con distancia crítica a la interpretación psicoanalítica del ajedrez, v. gr., al tabú del tacto, «pieza tocada, pieza movida», explicación desarrollada por el maestro Reuben Fine (1993). En 1956, Reuben Fine escribió el artículo «Observaciones psicoanalíticas respecto al ajedrez y los maestros ajedrecistas», y este artículo se convirtió más adelante en el libro *La psicología del jugador de ajedrez* en el que, ya de profesión psicólogo, Fine da un extravagante y morboso enfoque freudiano al juego de las treinta y dos figuras y a sus reglas. En el ajedrez el tabú mejor establecido es el de *no tocar*, mostrando así el carácter irreparable que adquiere el (con)tacto. Si por accidente un jugador roza una pieza, está obligado a declarar «*j'adoube*», término medieval francés con que se imponía al caballero su armadura y que hoy significa 'me disculpo' o, más precisamente 'compongo', 'arreglo' o 'acomodo'. Según Fine, este tabú del toque descubre las dos amenazas que siente todo

¹⁰A mediados del siglo XVI la *restricción mental* se propuso, dentro de la moral católica tradicional, como recurso para ocultar información sin mentir.



campeón: la de la masturbación¹¹ (la figura tocada simbolizaría el pene) y la de la homosexualidad «latente en los ajedrecistas». Estas teorías, para Tarsis –y supongo que para Arrabal– son tan absurdas como escandalosas.

En cuanto a la prohibición de evitar toda violencia no sublimada, como acreditado juego de caballeros, Arrabal termina su novela evocándonos cómo muchos jugadores, entre los mejores, reaccionaron violentamente al perder: Nimzowitch, tras sufrir un mate, orinó sobre el tablero: Fischer tomó el Rey de su adversario y lo arrojó contra una pared de Nueva York; Capelo quemó la planilla de su rival... Por su parte, el desquiciado e imaginario Amary, tras su derrota, cogió el reloj de la mesa, lo levantó en el aire y lo descargó contra el tablero, golpeando el Rey negro furiosamente como si pretendiera romperle la crisma.

El ajedrez no es deporte, sino guerra intelectual, cuyo fin es la muerte simbólica del otro.

JBL, La Esperilla, septiembre 2024

¹¹El lugarteniente en la organización terrorista de Amary, De Kerguelen, científico y aristócrata de buenas maneras, que luego le traiciona, decide suicidarse masturbándose, pero «a su edad, ya era una forma de morir que no se podía pagar ni haciendo horas extraordinarias». Entre lo ficticio, lo real y lo surreal, cuenta Arrabal que el relato de su primera tentativa de suicidio onanista fue publicado por André Breton en uno de los primeros números de La Brèche (action surrealiste) con dos dibujos de René Magritte, «que por aquella época aun era un don nadie».